

HOMENAJE A HAROLD SEARLES (1918-2015)

Harold Searles: Algunas notas sobre un psicoanalista discreto

Ariel Liberman Isod¹

APM, IPR, Madrid

Este trabajo introduce el Homenaje a Harold Searles (1918-2015) recientemente fallecido tras una dilatada trayectoria como psicoanalista interpersonal especialmente dedicado al tratamiento de la psicosis y otros trastornos mentales graves. La introducción de este homenaje que incluye también un trabajo de revisión y una re-edición revisada de uno de los trabajos de Searles, se dedica a comentar el trabajo de 1959 "El esfuerzo de volver loco al otro", a través de tres notas destacadas: el *percepticidio*; la lucha contra el desvalimiento; y la responsabilidad del terapeuta.

Palabras clave: Harold Searles, Responsabilidad del terapeuta, Psicosis

This paper introduces the Tribute to Harold Searles (1918-2015) died recently after a long career as interpersonal psychoanalyst especially dedicated to the treatment of psychosis and other serious mental disorders. The introduction of this tribute that also includes a review paper and a revised version of one of the works of Searles re-edition is dedicated to the study by 1959 "The Effort To Drive The Other Person Crazy" through three keynotes: the *percepticide*; the fight against helplessness; and the responsibility of the therapist.

Key Words: Harold Searles, Therapist' Responsibility, Psychosis

English Title: Harold Searles: Some notes on a discrete psychoanalyst.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Liberman Isod, A. (2016). Harold Searles: Algunas notas sobre un psicoanalista discreto. *Clínica e Investigación Relacional*, 10 (1): 240-246. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2016.100116

¹ Doctor en Psicología. Psicoanalista (Asociación Psicoanalítica de Madrid, APM, IPA). Miembro Titular del Instituto de Psicoterapia Relacional (Madrid). ariel.liberman.isod@gmail.com

Celebro, como no puede ser de otro modo, la idea de la Revista CeIR de publicar un trabajo de Harold Searles a modo de homenaje y reconocimiento a su larga y fecunda trayectoria. Este psicoanalista forma parte destacada en esa larga lista de psicoanalistas "discretos", pero no por ellos menos influyentes, que han protagonizado la historia de nuestra disciplina.

Podríamos, sin duda, señalar diferentes contribuciones relevantes de la obra de Searles, de los cuales tal vez resalten sus trabajo con pacientes *borderline* y esquizofrénicos, sus desarrollos sobre el lugar de la contratransferencia en un sentido amplio y en el tratamiento de dichos pacientes o, por solo citar alguna de ellas, sus contribuciones la reconsideración del lugar del analista y del paciente dentro del proceso psicoanalítico. Aún así, en este homenaje personal que me han permitido realizar, me gustaría enfatizar uno de los aspectos de su obra con los que entré en contacto muy tempranamente en mi formación. No recuerdo muy bien cómo hace ya tiempo llegó a mis manos su trabajo "El esfuerzo de volver loco al otro" (1959), pero si recuerdo su impacto. Los psicoanalistas de generaciones anteriores a la mía, en la Argentina, hacían uso de un neologismo, que al parecer acuñó una reconocida psicoanalista de aquellas latitudes, Marilú Pelento, y que sintetizaba muy bien una de las ideas centrales de este trabajo de Searles: "percepticidio". No recuerdo si primero leí el trabajo y luego escuché esta expresión o si fue al revés, pero ambas quedaron ligadas en mi recuerdo.

Sólo tomaré como referencia, en estas notas de homenaje, el trabajo que he mencionado. Me gustaría resaltar tres aspectos del mismo, como tres variaciones de lectura.

El trabajo fue publicado en 1959 en el *British Journal of Medical Psychology* con el título: "The Effort To Drive The Other Person Crazy - An Element In The Aetiology And Psychotherapy Of Schizophrenia". Que yo sepa, no hay traducción española (o al menos no la había hasta hace poco tiempo). En 1975 lo tradujeron al francés en la *Nouvelle Revue de Psychanalyse*.

Nota 1: El *percepticidio*

De los muchos factores que pueden estar implicados en la etiología de la esquizofrenia, Searles jerarquiza en este trabajo "un elemento", como dice en el subtítulo, que su experiencia clínica ha reiteradamente puesto de manifiesto.

“Mi experiencia clínica me ha indicado, nos dice, que un individuo deviene esquizofrénico en parte a raíz de un esfuerzo continuado en el tiempo, en gran medida ampliamente inconsciente, de parte de alguna o algunas personas muy significativas de su entorno, de volverlo loco” (p. 1)¹.

Sin intentar reducir la complejidad de los factores causales en juego, Searles enfatiza los complejos procesos de la situación interpersonal. Este esfuerzo, por supuesto, es ampliamente inconsciente y no sólo lo podemos observar, como señala Searles al final de su trabajo, en pacientes psicóticos. Muchos pacientes neuróticos y muchas situaciones vitales (en contextos personales o sociales más amplios) pueden reproducir las mismas condiciones.

Habría muchas maneras de volver loco al otro, según nos describe detalladamente en este artículo, que están de una u otra manera relacionadas. La hipótesis central que las aúna y que defiende Searles es que cada una de las diferentes maneras de hacerlo tienen como objetivo “minar (socavar) la confianza (seguridad) de la otra persona en la confiabilidad (fiabilidad) de sus propias reacciones emocionales y de sus propias percepciones de la realidad externa” (p. 4). De aquí la pertinencia del neologismo “percepticidio”. Así, nos cuenta como determinados niños se encuentran atrapados en un dilema irresoluble cuyo enfrentamiento implica altos costes: cuando perciben el enfado o la hostilidad de las figuras parentales, su “locura”, nos describe Searles, inmediatamente estos últimos desmienten (denial) dichos estados e insisten en que el niño también lo haga, lo que lo lleva tener que elegir entre dos dimensiones centrales de su experiencia que de este modo se vuelven incompatibles. Por un lado, está lo que ve, siente y/o percibe, es decir, su captación de una determinada realidad, y, por otro, la necesidad que tiene el niño de creer en el discurso parental sobre esa realidad como una condición *sine qua non* para preservar el vínculo.

Una variante de este dilema es usada por los Hermanos Marx, cuando Chico, disfrazado de Groucho, le dice a esa mujer siempre enigmática que los acompaña (esta vez en *Sopa de ganso*): “¿A quién va Ud. a creer, a mi o a sus propios ojos?”. Dilema deletéreo, sin duda, en la medida en que ambas dimensiones son centrales para preservarnos y crecer como sujetos, para que el desarrollo del Yo y de sus funciones, al decir de Searles, no queden truncados dejando deficiencias estructurales enormemente problemáticas a futuro.

Nos relata Searles la semejanza que encuentra entre sus observaciones clínicas y las técnicas de "lavado de cerebro" que habían sido descritas en un libro entonces recientemente publicado. Nos dice:

El forzado aislamiento en la cual existe la persona a la que le han lavado el cerebro –aislada de todos excepto de su inquisidor(s)- es un ejemplo de estas similitudes; la vida del niño que será (devendrá) esquizofrénico está regularmente acompañada de un tipo de comportamiento erosionante de los padres que consiste en un exhortación al niño contraria a acercarse a otras personas que puedan validar sus reacciones emocionales y asegurarlo contra los temores parentales de que debe estar "loco" para tener tales reacciones "irracionales" hacia ellos (sus padres) (p. 5).

No podemos dejar de evocar, aquí, toda una serie de psicoanalistas que han trabajado en líneas semejantes a estas, antes y después de esta publicación. Nuestra ignorancia de los detalles de la vida de Searles nos impide afirmar los vínculos exactos. Antes de Searles, por ejemplo, encontramos sin duda la obra del último Ferenczi. Toda su teorización sobre la centralidad de la desmentida parental a la hora de comprender el trauma y la escisión son conceptualizaciones muy cercanas. No sabemos si Searles leyó a Ferenczi, aunque lo imaginamos. Muchos compañeros con los que Searles se formó, y algunos maestros, sí lo hicieron. Posteriores a Searles habría muchos; por sólo citar algunos, me interesaría señalar el concepto de "mistificación" que encontramos en la obra de Laing y de Levenson.

Searles nos cuenta una situación clínica que le permitió afinar en carne propia este concepto. Hablando de un tratamiento con una paciente suya que describe como una "a menudo muy seductora esquizofrenia paranoide" (p. 3), nos cuenta que con frecuencia sentía que le costaba mucho no volverse loco cuando, simultáneamente, sentía que esta lo involucraba en debates políticos-filosóficos al mismo tiempo que se paseaba por la consulta o se recostaba en su cama con una falda corta de baile de una manera muy sexual. Nos cuenta Searles que esta paciente no hacía ninguna referencia explícita a la sexualidad,

.... con la excepción que muy tempranamente en la sesión decía que yo tenía deseos 'lujuriosos' y 'eróticos'; de allí en adelante, toda la interacción verbal consistía en un debate teológico, filosófico y de política internacional, y a mí me

parecía que la interacción no verbal era descaradamente (evidentemente) sexual. Pero –y creo que aquí está el punto central- yo no sentía por parte de ella una validación consensual (a nivel consiente) sobre estas interacciones más encubiertas; estas interacciones sexuales no verbales aparecían como simplemente “locas”, productos de mi propia imaginación (p. 3).

El texto que comentamos está lleno de exquisitas y sutiles viñetas clínicas de quién se encuentra, al decir de Ogden, entre aquellos analistas sobresalientes a la hora de “captar en palabras sus observaciones relacionadas con sus respuestas emocionales sobre lo que está ocurriendo en la relación analítica” (2007, p.353).

Nota 2: La lucha contra el desamparo/desvalimiento

Otro aspecto de este trabajo que me ha llamado la atención es la centralidad del desamparo o de la amenaza de desamparo y la lucha por alcanzar un sentimiento de potencia (aunque sea convencionalmente anti-intuitivo)². “Vemos a diario ..., nos dice, que los pacientes tienden a hacerse cargo de toda catástrofe que parece ser inevitable en su esfuerzo de disminuir el intolerable sentimiento de desamparo/desvalimiento (helplessness) y suspenso frente a ello” (p. 8). La locura parental, sobre todo la privada, es decir, aquella que sólo quienes están muy cerca de ellos son capaces de ver su alcance verdadero, en el grado o dimensión que sea, es sin duda una de esas catástrofes. Este conocimiento de la “locura” parental, afirma Searles en la línea de Ferenczi³ y de Fairbairn, permanece en el niño como una “carga de culpa secreta” (guilty-laden secret) (p. 8); tienden de este modo a sentirse responsables de dicha locura.

En este contexto de pensamiento, nos vienen una y otra vez las palabras de Fairbairn en su ya clásica referencia, cuya metáfora religiosa no deja lugar a dudas sobre la lucha contra el desvalimiento/impotencia. Pensamos que reflejan una idea presente también en Searles aunque expresada años antes:

Es mejor ser pecador en un mundo gobernado por Dios, que vivir en un mundo regido por el Diablo. En un mundo gobernado por Dios, un pecador puede ser malo; pero, siempre existe un cierto sentimiento de seguridad, que deriva del hecho de que el mundo circundante es bueno - “¡Dios está en su cielo. Todo en el mundo marcha bien!”- y de cualquier manera hay siempre una esperanza de redención⁴ (Fairbairn, 1952, p. 210).

Fairbairn hablará de esta defensa como “defensa moral” en la medida en que su eje se encuentra en la asunción de la “maldad” del objeto por parte del niño, pero asunción de una maldad condicional (y por ello moral) y no libidinal (incondicional). A consecuencia de la prolongada dependencia infantil, la búsqueda de puntos de contacto y conexión confiables no es sólo una necesidad emocional sino que es una condición de supervivencia (versión de Darwin presente también en Hartmann y Bowlby). Searles, por su parte, en este trabajo así como en alguno anterior, piensa sobre estas cuestiones en términos de relación amorosa, entendiendo por tal aquella que responde a la totalidad de la otra persona, es decir, que responde incluso a aquello que el otro ignora de sí o de su propia totalidad.

Nota 3: Responsabilidad del terapeuta

La última parte de este trabajo se centra en la relación entre analista y paciente. Aquí, al igual que hiciera Ferenczi en el Congreso de Wiesbaden de 1932, Searles llama la atención de los analistas sobre las fuertes tendencias que tenemos de reaccionar a sólo un aspecto de la ambivalencia del paciente. Con los pacientes psicóticos pero también, sin duda, con los pacientes neuróticos. De este modo, muchos pacientes en análisis se sienten “enloquecidos” por la predisposición de los analistas a subestimar los sentimientos y actitudes conscientes de los pacientes reaccionando sólo a la comunicación inconsciente en ellos como si fuese la única real, como si en ella residieran sus más genuinos y verdaderos deseos.

Por último, en nuestra caprichosa selección, nos gustaría subrayar este apunte de Searles:

Para ser más útil a sus pacientes debe [el analista] estar preparado para enfrentar su propio conflicto entre sus deseos de ayudar al paciente a devenir más integrado (esto es, más maduro y saludable) y sus deseos, por otro lado, de retener al paciente, o incluso de destruirlo, cultivando y perpetuando o empeorando la enfermedad, el estado de precaria integración. Sólo esta toma de conciencia lo prepara para ser de mayor utilidad para sus pacientes (p.18).

REFERENCIAS

Fairbairn, W. R. D. (1952). *Psychoanalytic studies of the personality*. London: Tavistock Publications Limited. (*Estudio Psicoanalítico de la Personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 1978).

Ogden, Th. (2007). Reading Harold Searles *Int J Psychoanal*, 88:353–69

Searles, H.F. (1959). "The Effort To Drive The Other Person Crazy - An Element In The Aetiology And Psychotherapy Of Schizophrenia". *British Journal of Medical Psychology*, Vol. XXXII, Issue 1, p. 1-18.

Original recibido con fecha: 25/02/2016 Revisado: 28/02/2016 Aceptado: 28/02/2016

NOTAS:

¹ Las traducciones de este texto son mías.

² Como señala Searles: "Si una madre, por ejemplo, recurrentemente sostiene ante uno la amenaza de que se volverá loca, con las implicaciones catastróficas que tiene para uno si esta persona se aleja de la situación (sale), uno puede estar tentado de hacer el máximo esfuerzo para volverla loca y, de este modo, cortar uno mismo con la amenaza de la espada de Damocles sobre nuestra cabeza; [...] uno podría al menos salvaguardar la satisfacción de sentir de que la inevitable catástrofe se efectuó por nuestra propia mano" (p. 8).

³ Dejamos de lado en esta ocasión la articulación con el pensamiento de Ferenczi por haber trabajado sobre ello en otros contextos (Liberman, 2014).

⁴ It is better to be a sinner in a world ruled by God than to live in a world ruled by the Devil. A sinner in a world ruled by God may be bad; but there is always a certain sense of security to be derived from the fact that the world around is good—'God's in His heaven—All's right with the world!'; and in any case there is always a hope of redemption (Fairbairn: 1943/1952, p. 66-67).